

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

**Primero,**  
España; luego,  
Austria; des-

pués, Checoslovaquia,  
Francia, Rusia, Inglaterra... El Universo les  
viene estrecho, como  
idea y como espacio...

(Del artículo: "Hitler amenaza y  
Eden dimite").

Número 387

Barcelona, 23 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

## Hitler amenaza y Eden dimite

Dos hechos fuertes se han producido en las últimas horas: el discurso de Hitler y la dimisión de mister Eden. Ambos se refieren, en más de un aspecto, a España, y por eso han mantenido atento a nuestro pueblo. El *führer* no ha dicho nada nuevo. Ha acentuado, eso sí, el narcisismo de su doctrina, mostrando las minúsculas estalactitas de su bigote un poco erizadas. Ello no implicaría preocupación para nadie, si no se hubiese confesado propenso a extender sus dones de pintor de obra gruesa por todo el ámbito europeo, después por los otros continentes y, quién sabe, si también a los astros. Ha barajado cifras, para justificar el carácter macizo de su política; pero a su cubicación de entusiasmo y servidumbre, le ha faltado la gracia del espíritu humano. Su compacta Alemania, que avanza con pasa de oca, ha aniquilado al hombre; le ha quitado la libertad y el pan, a fin de que su esqueleto se adose mejor a la arquitectura de hierro del Estado. Como un cisne aturcido, ha chapoteado el Canciller en los aplausos unánimes, que tan perfectamente organiza el doctor Goebbels, y ha salpicado con su desdén a Napoleón, para evitarse mencionar a Francia. Un terrible resentimiento contra los pueblos libres, ha constituido la medula del discurso. El ejemplo auroral de la U. R. S. S. — es decir, la disciplina al servicio del hombre, y el Estado como sociedad de los hombres — ha irritado el complejo de inferioridad del moderno *nibelungo*. Ha insistido en el credo zoológico de la pureza de raza, sin caer en la cuenta de que una de las naciones más musculosas y ricas de sangre del mundo — los Estados Unidos de América — ha surgido de una emulsión de razas emigrantes. En fin, ha ponderado la fuerza del armamento del Reich, y se ha dignado prohibirnos a los españoles que nos gobernemos con arreglo a nuestro gusto y entender, sirviéndose, ¡oh paradoja!, del mismo bicéfalo principio que decreta la inviolabilidad de los intereses de Alemania.

Esta última profesión de fe, ratifica la política de bandadaje, como réplica a la política del derecho. Carecemos de elementos de juicio exactos para afirmar que la retirada de Mr. Eden sea el reconocimiento inglés de esta doctrina violenta; pero así lo parece. ¿Qué lugar de la tierra les reservan Hitler y Mussolini a los hombres que aun conserven los hábitos correctos de la civilidad? Primero, España; luego, Austria; después, Checoslovaquia, Francia, Rusia, Inglaterra... El Universo les viene estrecho, como idea y como espacio, a las cabezas que han convertido el nacionalismo en una especie de cálculo infinitesimal de la agresión. La idea del mito ha reemplazado a la idea de la verdad. Nos resistimos a creer que la conciencia nacional de Mr. Chamberlain deje de despertar al terror del destino de Inglaterra, ya que la falta de decisión ante una barbarie que aparece categorizada como política internacional, compromete gravemente al Imperio. Lo que ya no

se presta a dudas — al menos para una estimación honrada de los hechos — es el salto atrás pudoroso de Mr. Eden. En toda política hay un límite de flexibilidad. El Ministro de Negocios Extranjeros inglés no ha podido avenirse a la última grotesca farsa que Mussolini le había impuesto a Londres, o mejor dicho, a la «City». No se olvide que el actual «Premier» representa los altos intereses financieros, a quienes la falta de confianza, diestramente suscitada por Hitler y Mussolini, asusta. La «City» ha entrado en conflicto con la opinión pública, al subordinar la dignidad de Inglaterra a sus estados de cuentas, y en tanto Mr. Chamberlain se ha puesto de parte de los banqueros, Mr. Eden ha caído al lado del pueblo inglés. Ello explica los aplausos al ministro dimisionario y acrisola nuestra simpatía por el hombre que no ha deseado resistir una política de claudicación y de «chantage».

La política inglesa inicia una fase crítica para salir del bochorno o para liquidar definitivamente la grandeza del Imperio. No se puede ser impunemente cómplice de la piratería fascista. Los pueblos se forman con un estilo moral, que envuelve en prestigio sus intereses materiales. Inglaterra lució este estilo a lo largo del período victoriano, como ninguna otra nación; pero su política actual, bajo la intimidación de Berlín y Roma, no sabe salirse del tartufismo y del fraude. La actitud vergonzosa con la República española equivale a dejar desamparados los intereses materiales del pueblo inglés, esos mismos intereses ante los cuales Mr. Chamberlain consume vanamente la gran tradición moral de su patria. Algún día, Inglaterra, solitaria, sin pueblos amigos que la fien, por haber sido escarmentados en su confianza, querrá arrepentirse de haber nutrido con su egoísmo la política brutal de Hitler y Mussolini. El desafecto de los Estados Unidos, país de lozana fe democrática, hacia las cosas de Europa, es sintomático, así como el recelo escarmentado de los pueblos balcánicos, y anuncian que las naciones, igual que los hombres, no son impasibles al desengaño.

Nuestras propias esferas oficiales trascienden discreción. Tan duras pruebas ha recibido la sonrisa del presidente del Consejo, señor Negrín, que ya no existen contingencias capaces de transformarla en un rictus de asco o de desdén. Sin embargo, nos consta que nuestro Gobierno no ha abandonado un solo instante, en las últimas horas, su puesto de observación, ni ha dejado de acompañar con su simpatía los prostreros pasos, honrosos, de Mr. Eden, desde el Foreign Office a Downing Street y desde Downing Street a su casa. En realidad, nuestro Gobierno, todavía sin derecho a adquirir armas para defenderse de los sublevados de dentro y de los atacadores de fuera, se halla en mejores condiciones para legitimar los actos morales, que Mr. Chamberlain. («La Vanguardia», 22-II-1938.)

¡Este es el paraíso que nos ofrecen!

## Los ciudadanos viven en Navarra bajo el terror y el crimen

Una persona residente en Navarra ha enviado, hace varios días, una carta a cierto vecino de una ciudad francesa, contándole, angustiada, el trágico vivir de todos los ciudadanos que en aquella zona no simpatizan con el fascismo.

En la carta de referencia hay párrafos tan edificantes como los que siguen:

«Tenía muchas ganas de escribirte; mas, como vivimos — si vivir se puede llamar — bajo el terror y el crimen, no lo hacía, por verdadero miedo. Pero esta vez me aventuro, valiéndome de un amigo, aunque sé a lo que me expongo. Para que veas cómo se vive en la «España nacional». Aquí se persigue a los ciudadanos honrados, hasta hacerles imposible la vida. Algunos tienen la suerte de que los fusilen y los entierren en las orillas de las carreteras y caminos: éstos se cuentan ya por millares; otros, menos afortunados, se encuentran en las cárceles, que están llenas; y, después, estamos los que verdaderamente sufrimos: los que arrastramos la cadena y vemos cómo saquean nuestros pocos intereses, y cómo se va deshaciendo, alejando y enfermando la familia.»

Estos días, en Jaca, han detenido a unos 300 ciudadanos. Aquí y allá, detienen a uno hasta si le ven con cara alegre, y se figuran que se alegra de los fracasos que esta temporada van teniendo...

**EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente**

a su disposición y que constituyan el resto de la suscripción abierta por aquel Ayuntamiento, en beneficio del pueblo de Madrid. A ambas donaciones se agregaron diversas cantidades, recaudadas con semejante fin, invirtiéndose el total en la adquisición de prendas de abrigo.

Contrasta la constante atención que la República presta a los problemas del niño con lo que ocurría antes. Hemos visto a estos chicos, a quienes ha herido la desgracia, saltar de contento, al apretar contra el pecho las prendas que les han sido donadas. Se advertía en ellos que, instintivamente, comprendían que, contrariamente a lo que sucedía en otros tiempos, hoy el huérfano no se encuentra desasistido, ni mucho menos falto de la ayuda que necesita. A mitigar el dolor de estas inocentes víctimas de la guerra, tienden los esfuerzos generosos de la República. El Ayuntamiento de Madrid, firme en la línea trazada a este respecto, atiende a los niños con todos los medios de que dispone. En tan noble tarea, le secunda toda la población madrileña. Nunca había habido en Madrid, en sus calles, en sus plazas, una tan honda ternura, un sentimiento tan delicado en favor del niño. Ni los combatientes que llegan de los frentes

a pasar unos días de permiso en la capital, pueden eludir este vivo sentimiento que los mueve a prodigar sus cuidados a estos pequeños seres, en los que ven reflejada la España del porvenir, por la que derraman su sangre en las trincheras.

Las escenas que a diario se presencian en los cafés, llenos de soldados en disfrute de permiso, son particularmente edificantes. Mozos fuertes, vigorosos, alzan en sus brazos al primer niño que encuentran, al que agasajan y hacen todo género de fiestas. Son maravillosos estos soldados de la libertad. En Madrid se sienten niños, se infantilizan y hacen reír a cuantos presencian sus ingenuas expansiones. Contrasta vivamente el efecto que causa la llegada de un niño a cualquier lugar de recreo, con lo que sucedía antes. De ahí, la buena acogida dispuesta por el pueblo de Madrid, representado por su Ayuntamiento, a la generosa iniciativa de S. E. el Presidente de la República.

La alegría de los «peques», producida por las prendas recibidas, repercutirá hondamente en las personas mayores, que se sentirán libres, por unos momentos, de la pesadumbre que arroja sobre ellas el dramatismo de la hora presente.

## El alcalde de Madrid cumplimenta una generosa iniciativa del Presidente de la República

(Por teléfono, de uno de nuestros redactores en Madrid.)

El Alcalde de Madrid ha dado cumplimiento a un generoso deseo del presidente de la República, don Manuel Azaña. A raíz de la visita

del jefe del Estado a la población madrileña, envió a la primera autoridad municipal de la heroica villa la suma de 50.000 pesetas, con el encargo expreso de que la invirtiera en prendas de abrigo y calzados para los niños que han quedado huér-

fanos, con motivo de los salvajes bombardeos padecidos por la sufrida capital.

El Alcalde, secundando la iniciativa del señor Azaña, sumó a la cantidad dicha 36.000 pesetas, que el Alcalde de Barcelona había puesto



# ¿Un empréstito a Italia?

(Carta al Director de "The Manchester Guardian")

Señor :

En este país le es aún posible al hombre de la calle expresar su juicio sobre los asuntos políticos; quizá hayamos llegado, de nuevo, a unos tiempos en que la opinión del vulgo debiera expresarse verbalmente. Sospecho que — digan lo que quieran los enterados—hay millones de ciudadanos vulgares, que, al igual que Mr. Angus Watson, verían con malos ojos, y hasta con vergüenza, la concesión de un empréstito británico al Gobierno fascista de Italia.

Es posible que el argumento para el préstamo, que se insinúa, sea el progreso hacia la «paz», por medio de nuevos acercamientos, conducentes a un nuevo pacto mediterráneo, y, tal vez, al reconocimiento de la anexión italiana de Abisinia. Por este medio, pueden cesar las agitaciones antibritánicas italianas, renovarse la «amistad tradicional» y acelerarse agradablemente el progreso del mundo hacia un milenario «realista».

Pero, ¿hay alguien — fuera

del círculo esotérico de los técnicos políticos — que crea honradamente que semejante acuerdo detendría, ni cinco minutos al Gobierno fascista de Italia en lanzar una nueva amenaza para la paz o en emprender una nueva política antibritánica, cuando esa amenaza, o esa política, pareciera ventajosa? Ni la constancia ni la gratitud figuran entre las muchas virtudes políticas que florecen en el suelo fascista, ni tampoco está Mussolini obsesionado con nuestros ideales de tranquilidad conservadora. Está creando un nuevo Imperio romano. Debe hacerlo, o presenciar el colapso del fascismo.

Porque el actual Gobierno italiano no sólo ha repudiado a la Sociedad de Naciones, sino los propios ideales y principios de la comunidad internacional—porque se ha entregado a una política de tiranía dentro del país y de derramamiento de sangre al exterior—, estoy convencido de que, para millones de ciudadanos medios, existe algo indecoroso en la insinuación de que

acumulemos dividendos extraordinarios por medio de un empréstito fascista.

Fué en 1855 cuando un italiano, desterrado, dirigió estas palabras al pueblo británico :

«Debéis acabar con el divorcio existente entre lo que se piensa y lo que se hace. Tenéis que obligar a todos los hombres a hacer, a actuar, de acuerdo con su propio credo, para convertirse en evangelio viviente, para erigirse y decir: *Esta es mi fe; quiero vivir en ella, y, si es preciso, morir por ella.*» Inglaterra proclama ahora la libertad en el interior y sostiene la tiranía en el exterior; bendice con una mano a nuestros mártires italianos de la libertad y ase con la otra la mano de su verdugo.

¿Debe darse a los italianos que hoy viven en el exilio un nuevo motivo para recitar estas palabras de Mazzini?

De usted, etc.

Gwilym O. Griffith

Birmingham, febrero 16.

(«The Manchester Guardian», 19-II-1938.)

do publicar las obras completas de Ramón y Cajal, plan de ejecución a cargo de una Comisión nombrada al efecto.

Siguen los trabajos de los laboratorios de histología normal y de patología, y también los del Laboratorio de Matemáticas y sus revistas, *Revista Matemática* y *Revista Matemática elemental*.

ca Hispano Americana y Matemática elemental.

Lo mismo ocurre en el Laboratorio de Metalografía. Y, en una palabra, la labor de alta ciencia no se ha interrumpido en el territorio de la República, habiendo pruebas suficientes de todo ello, como queda anotado.

## Cómo se administra justicia en la España leal

(Por teléfono, de nuestro corresponsal en Valencia)

Augusta serenidad del Tribunal del Pueblo.—Era la mañana del día 17 del corriente mes.

Hasta la calma solemne de las estancias de la Audiencia llegó, de pronto, el aviso del peligro. El grave sonido de las sirenas de alarma se extendió sobre la ciudad, anunciando la proximidad de los aviones fasciosos, que se acercaban para lanzar su carga destructora. En la calle se veían grupos de mujeres y niños, que se apresuraban en busca de los refugios. Los hombres, con dura expresión de ira en su mirada, oteaban el firmamento hacia la parte del mar, por donde, empujadas por la distancia y la altura, se divisaban las aeronaves del crimen como diminutas siluetas negras de pájaros agoreros. Pasaban, raudos, en dirección a la costa, los coches ligeros del Ejército republicano. Los cañones antiaéreos, luego de leves oscilaciones de tanteo, se erguían enfilando sus tubos como lentes de observatorio, prestos a cerrar el paso al enemigo aéreo, que pretendía aproximarse a la población.

Nada se conmovió en el interior de la estancia con aquella episódica sensación de terror que venía del exterior y parecía detenerse ante sus muros y techumbres.

En una sala, los representantes del pueblo, en el Jurado de Urgencia número 2, siguieron en su augusta tarea de administrar justicia, con serenidad impasible, ajenos a la vibración pasional en que en aquellos momentos de alarma palpitaba la ciudad.

En el banquillo de los acusados se sentaba un sacerdote: Miguel Porter Martínez, cura párroco de Loriguilla.

El juicio era de revisión de causa. El eclesiástico que ahora comparecía ante el Tribunal, había sido juzgado tiempo atrás, no por su condición de religioso, sino por el delito de haber realizado actos de hostilidad contra la República y por haber profestado amenazas contra el pueblo, con la repetición de la frase de que «de-seaba que pronto mandasen los sables del fascismo».

En aquel primer proceso le había

sido desfavorable la prueba, y el Tribunal hubo de condenar al encartado a la pena de tres años de internamiento en un campo de trabajo.

En el presidente del Tribunal se expresa el sentido humano y romántico de la República.—El abogado defensor del sacerdote adujo después que podía presentar otras pruebas en favor de su patrocinado y pidió la revisión del juicio. La autoridad judicial había accedido a esta demanda.

Y ahora, tras la aportación de las nuevas argumentaciones, el Jurado de Urgencia número 2, anula la sentencia anterior y absuelve libremente al cura párroco encausado.

Después de dictada esta sentencia absolutoria y antes de dar por terminado el acto, el presidente del Tribunal, de acuerdo con los jurados del Pueblo, dirigió al sacerdote estas palabras:

«Ya ha visto usted el noble proceder de la justicia republicana, que no persigue en nadie las ideas, sino los hechos delictivos. La República, que es democracia y es comprensión y tolerancia, se muestra en todo momento respetuosa con el pensamiento ajeno, siempre que este pensamiento se convierta en acciones punibles castigadas por la ley. Si fuera cierto que el pueblo republicano sintiera impulsos de persecución contra la Iglesia católica, usted, que es uno de los representantes de ésta, no hubiera sido absuelto. Fué usted procesado y condenado como un ciudadano que había desarrollado actividades contra el Régimen; pero ahora, cuando nuevas pruebas hacen que surjan dudas respecto a la realidad de ese delito, le declara inculpa-ble y le pone en libertad. La justicia republicana pone en práctica la piadosa máxima de Derecho natural por la que un caso de duda debe resolverse favoreciendo al acusado.»

Terminó con las siguientes manifestaciones:

«Este Tribunal, compuesto por hombres laicos, pero que representan el espíritu democrático de la República, exhortan a usted a que, si es verdaderamente católico, mantenga la pureza de sus ideales y cumpla fielmente las doctrinas de Cristo, separándolas de la política, que es cosa distinta. No olvide jamás que los fueros de su conciencia religiosa deben estar al margen de las pasiones humanas. Este Tribunal, nacido del pueblo republicano, demuestra, por su parte, que, como dijo Cicerón, la Justicia merece este nombre cuando, en la práctica, se administra con dulzura de misericordia.»

El rudo contraste: República y fascismo.—El sacerdote absuelto, humillado el rostro, con gesto contrito —¡quién sabe si por súbito remordimiento!— salió de la sala y fué hacia su libertad, entre el respetuoso silencio del público, que había presenciado este juicio de revisión.

Sobre la ciudad se extendía todavía el sonido de las sirenas de alarma, anunciando la tenacidad de los aviones fascistas, que pretendían esquivar las defensas antiaéreas e insistían en su propósito cruel de matar al pueblo valenciano.

## Los institutos y laboratorios de ciencia pura, durante la guerra

Los institutos de carácter científico e investigador no han dejado de funcionar ni de rendir frutos en la España leal, contra lo que pudiera haberse esperado, dadas las condiciones de serenidad que estos trabajos requieren.

En primero de septiembre del año 36, se reorganizó el Instituto de Ciencias Naturales, en el que se agruparon el Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Jardín Botánico y el Museo Antropológico, y fué lo primero, poner a salvo de los bombardeos el material científico y las colecciones valiosas de que disponían, y que se vieron seriamente amenazadas en los edificios que ocupaban en Madrid, pues, incluso en el Museo de Ciencias Naturales, pueden verse las huellas de las bombas.

Las colecciones del último se vieron enriquecidas con la aportación de la colección zoológica del Palacio de Medinaceli, previa declaración de abandono por un anterior dueño o poseedor, y con los requisitos legales. Esta colección, que antes servía sólo de adorno en los salones de un potentado, está hoy en disposición de ser aprovechada para el estudio y llenar, por consiguiente, una función social.

El Instituto de Ciencias ha seguido sus publicaciones periódicas. Así *Eos*, revista de entomología, ha sacado a luz todos los cuadernos correspondientes, y basta con hojearlos para darse cuenta exacta de que en ellos se ha trabajado igual que siempre.

El Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural ha publicado, asimismo, los números correspondientes al tomo XXXV.

Es de señalar la impresión de una monografía, de J. Cuatrecasas, *Resumen de mi actuación en Colombia con motivo del segundo centenario del nacimiento de Mutis*, la cual es de sumo interés, pues Mutis es un español, no tan conocido como debiera serlo, que hace dos siglos acometió la empresa extraordinaria de estu-

diar la flora de Nueva Granada, haciendo miles de dibujos, a gran tamaño y en colores, de multitud de plantas y flores, que rinden científicamente una magna utilidad. Entre otras cosas, hizo Mutis un estudio de las *quininas*, que, como todo el mundo sabe, se utilizaron luego contra el paludismo. Tan importante es este extremo, que el Instituto se ocupa hoy en hacer un estudio sobre la quinología de Mutis.

Y como algunos de los colaboradores en los trabajos del Instituto hubieron de trasladarse a Valencia, se aprovechó esta circunstancia para hacer en la región estudios de detalle sobre flora, geología y zoología.

El Instituto Nacional de Física y Química ha seguido también sus trabajos, en medio de las más grandes dificultades, pues basta, para darse cuenta de ellas, apuntar el hecho de que en él se efectúan trabajos de precisión absoluta, como son mediciones y pesos, y no es menester ser técnico para hacerse cargo de la influencia que sobre ello tienen las explosiones de las bombas fasciosas, y aun el cañoneo defensor. Añádanse los trabajos en los laboratorios de acústica, por ejemplo, o en aquellos

de alta investigación sobre asuntos de electricidad.

Sin embargo, en los laboratorios se ha seguido trabajando sobre propiedades físicoquímicas de algunos elementos; revisión de pesos moleculares y atómicos, verbigracia: espectros de tierras raras y aleaciones de metales; variaciones ferromagnéticas de los metales; difracción de los electrones; aplicación de rayos X a la estructura molecular, y otros, dados a conocer en las publicaciones adecuadas.

Entre éstas se ha sostenido vigorosamente la de los *Anales de la Sociedad de Física y Química*, si bien se perdió un original sobre espectrografía, que estaba en una imprenta de Toledo en julio del año 36, para ser impreso en el número de los *Anales* correspondiente al mes de junio.

En cuanto al Instituto Cajal, hubo que trasladarlo, a causa de daños sufridos por los bombardeos; pero ha seguido sus trabajos, con los doctores Tello, Castro, Prados Such, habiéndose publicado una monografía del primero sobre *Evolución, estructura y conexiones del cuerpo mamífero*, y habiéndose decidi-

En los edificios de Génova aparecen carteles antifascistas

**“He aquí lo que de nosotros ha hecho Mussolini”**  
dice uno de ellos en el que aparece un esqueleto de un hombre

A pesar de las redobladas medidas preventivas adoptadas por las autoridades fascistas, la propaganda contra el régimen va incesantemente en aumento en los centros industriales del norte de Italia y de la Romaña. Casi todos los días, se reparten nuevos folletos, llenos de ataques al régimen fascista, en los que se alude a la creciente carestía y a los cruentos sacrificios que se ve obligado a hacer el pueblo italiano en el Africa occidental y en España.

El pasado sábado, las paredes de Génova aparecieron cubiertas de carteles, en que figura un hombre desnudo y esquelético, con esta leyenda al pie: «¡ Ahí tenéis lo que ha hecho de nosotros

el duce!» También en Forlì, aprovechando la oscuridad de la noche, se fijaron carteles antifascistas en las calles principales de la localidad. La policía, en vista de que no puede dar con los autores del hecho, ha detenido y apaleado a un gran número de personas, sospechosas de ser poco afectas al régimen. El abogado Angeletto fué apaleado hasta saltarle la sangre, habiendo necesidad de trasladarle al hospital de la cárcel.

Para acabar con esta propaganda contra el régimen, han vuelto a establecerse en el norte de Italia verdaderas «brigadas de terror», con obligación de vigilar estrechamente a toda persona sospechosa.



## FRANCO, ANTISEMITA

# Promiscuador de razas, se encorva ante el propugnador de una nueva Europa de pura sangre

Por si la paradoja y el contrasentido no se hubieran señalado bastante en la España sometida al más absurdo exotismo, se empeñan los impostores de nuestro país en reflejar entre nuestros atormentados hermanos de la zona dominada los signos de una nueva era, en que la civilización hace quiebra y la falta de contenido se disfrazaba con la investidura del odio y la persecución.

Franco, empujado por la abrumadora carga que la traición echó sobre sus hombros, lleva su servilismo y su emulación para quienes le rodean hasta dirigirse a Julio Streicher, director del periódico antisemita *Stürmer*, para enviarle, con motivo del Año Nuevo, una fotografía, con

la firma autógrafa y la siguiente dedicatoria en alemán: «Al gran paladín de una nueva Europa de pura raza, con admiración y afecto.—Franco».

De Mussolini recoge hábitos de soberbia y en Hitler encuentra estímulos de odio. Pero, ¿en quién habrá encontrado, este hijo desnaturalizado de España, la pluma que disfraza en alemán, que él no conoce, la nobleza de una raza que abrió su pecho a medio mundo?

Olvida Franco, indudablemente, que España se halla invadida por los arios y por los sarracenos, y que, si en Alemania se quiere purificar una raza, él no es más que promiscuador de sangre que se encorva ante quien ha de humillarle y despreciarle.

## El falso catolicismo de los facciosos

# El sacrificio del sacerdote vasco Don Jacinto Aguirre Suárez es uno de los múltiples episodios significativos

(Por teléfono, de nuestro corresponsal en Valencia.)

En la apacible tierra invadida.—Muchos habitantes de aquellos caseríos cercanos a Sestao presenciaron los hechos, y los relatan con la propiedad de detalles con que se recuerdan los sucesos insólitos.

Habían transcurrido unos veinte días desde que las tropas italianas, con la cooperación de la aviación alemana, habían invadido aquella zona del país vasco. Aquellas viviendas campesinas, diseminadas unas en los valles y semicultas otras en las rugosidades de los montes, habían sufrido una ruda transformación en su existencia apacible. El paso de aquel ejército extranjero—como un rugiente huracán materializado en miles de rostros ceñudos, de expresión feroz, uniformes desvaídos por la lluvia, bosques de bayonetas de siniestro centelleo, fragoroso trepidar de la oleada férrea de los tractores, camiones y pesados armatostes de la artillería—había trastornado todos los parajes como en una mutación de catástrofe, apisonado los prados verdeantes, trinchado las débiles plantaciones de los huertos, removido la tierra y borrado las veredas.

Luego que se alejó aquella balumba, todo presentaba un aspecto de desolación silenciosa y fúnebre. La pavorosa inundación bélica había hecho desaparecer los ganados; había despoblado los corrales; habíase llevado hasta las cargas de leña, enseres caseros y los comestibles.

En las casas desmanteladas, gemían mujeres y ancianos, y temblaban de pavor los niños, con la mirada atónita, desamparados de los hombres jóvenes, que habían muerto en los combates pasados, o habían tenido que escapar ante la amenaza del fusilamiento.

La obra de represión.—Una noche, llegaron dos coches de turismo proyectando la poderosa luz de sus faros sobre aquellos tristes caseríos. Varios hombres, pistola en mano, descendieron de los vehículos y se dirigieron resueltamente a aporrear una puerta. Los vecinos atisbaron desde las rendijas de las edificaciones cercanas, y se extrañaron al pensar en la persona que vivía en aquella casa ante la que los recién llegados se manifestaban con llamadas apremiantes. Era la morada de don Jacinto Aguirre, el anciano sacerdote, respetado en toda la comarca por aquellas buenas gentes, para las que el pobre eclesiástico era como un símbolo del bienhechor humilde. Años y años de recorrer aquellos contornos, de decir misa en la pequeña iglesia de la ermita, de unir

en matrimonio a los enamorados, de ayudar a los desvalidos y de inculcar las primeras letras a los pequeñuelos, habían rodeado de una popularidad sentimental a aquella débil figura, revestida con la raída sotana del misero cura rural.

¿Qué querían del señor Aguirre aquellos nocturnos visitantes, que se presentaban armados como si llamaran ante la guarida de un facineroso?

Dos requetés ante el hombre que los había librado del analfabetismo.—La puerta se abrió, y ante ella, a la luz de un trozo de cirio sostenido por una mano temblorosa, se iluminó un rostro demacrado, cuyos ojos miopes miraron con alarma al grupo, pero que, de pronto, se animaron con súbita expresión de alegría.

—¡Ah! Pero, ¿sois vosotros? Y se dirigía hacia dos de aquellos individuos, a los que, en este instante, reconocieron también los vecinos que contemplaban la escena desde sus casas.

Eran Eladio Arana y José María Urquiola, dos mozalbetes de unos caseríos próximos. ¡Verlos ahora, con aquellas boinas rojas y aquellos corrajes de militar, sobre sus camisas campesinas! Lo inaudito para aquellas gentes era que también esos dos empuñaban pistola ante don Jacinto Aguirre, a quien debían querer y respetar, porque, como a tantos otros, los había bautizado y, años después, los había enseñado a leer y a escribir.

El señor Aguirre, como si no hubiera reparado en las armas, invitaba a los dos muchachos a que penetrasen en la casa en unión de sus compañeros; pero ellos lo repelieron bruscamente: no venían de visita, sino a llevárselo y a darle su merecido, porque era un «rojo» aborrecible.

El anciano aun tuvo la creencia de que todo aquello no era otra cosa que una broma de aquellos dos chicharrones, de desmesurada rudeza hasta en sus juegos, y les habló sonriente, como si, al tiempo de reconvenirlos, los disculpaba lo mismo que a dos niños que se excedían en sus travesuras.

—¡Que no hayáis de tener modales ni para divertiros!

Pero el acento iracundo con que le contestaron aquellos sujetos, le hizo fruncir el ceño.

—Usted es de los nacionalistas vascos y hemos de darle el castigo que merece por eso.

Y le conminaron rotundamente:

—Conque, venga usted con nosotros.

Don Jacinto reaccionó con serenidad:

—Pues si es así, no voy.

Ya no hubo otras palabras, sino un forcejeo violento, en el que Eladio Arana y José María Urquiola, ayudados por otros de la patrulla, abalanzados todos contra el cura, trataron de reducir la resistencia de éste. Rápidamente, uno de aquellos golpeó con fuerza la cabeza de don Jacinto Aguirre, haciendo florecer una mancha roja sobre las canas. El agredido se tambaleó, indefenso, y fué arrastrado hasta el interior de uno de los coches. En seguida, trepidaron los motores y los dos vehículos se alejaron veloces.

Al día siguiente, el cadáver del sacerdote apareció ensangrentado en el fondo de una barrancada próxima.

Así relatan los vascos cómo el cura don Jacinto Aguirre Suárez, de una feligresía de Sestao, fué muerto por un grupo de esos requetés que se titulan «católicos» y que, para escarnio de la religión, van a la lucha con un escapulario en el pecho y el nombre de Cristo profanado en sus labios, entre gritos de odio y estímulos de crueldad homicida.

## Mussolini y el "caballo salvaje"

Es inútil que en Roma se ponga en práctica el proverbio de «a mal tiempo buena cara». Lo que acaba de suceder en Viena—a pesar de la nota de la *Informazione Diplomatica*—es una gran derrota para la Italia fascista y para el *duce* en persona. Dejar que los alemanes bajen hacia los Alpes es sacrificar los intereses nacionales italianos, y es posible que Mussolini tenga que depurar algún día su política del eje Roma-Berlín, que favorece especialmente al copartícipe más fuerte: Alemania.

¿Se detendrá la ofensiva del *Deutschtum*, hoy tolerada por el *duce*, en contra de su política de 1935, en la frontera italiana? Tal vez sí, por el momento; pero el porvenir está lleno de amenazas, y ha de llegar el día en que Hitler, el «austriaco» Hitler, plantee la cuestión del Tirol del sur, tierra alemana anexionada y completamente desnacionalizada por la Italia fascista. ¿Qué digo? Ya ha llegado el momento de las reivindicaciones y de las advertencias.

Es muy significativo que se haya dejado fijar, recientemente, en Múnich, capital intelectual del Tercer Reich y foco del nazismo, carteles de la asociación de minorías alemanas del extranjero, en los que se

# Europa en la encrucijada

«Cuando el territorio del Reich contenga a todos los alemanes, si se declara incapaz para sostenerlos, de esa necesidad de relaciones surgirá su derecho moral de adquirir territorio extranjero. Entonces, el sable reemplazará al arado, y las lágrimas de la guerra prepararán la cosecha del mundo futuro.»

(Hitler, «Mi Lucha».)

Ha sonado la hora más grave de la crisis de Europa. El puño armado de Hitler ha descendido sobre el pueblo de Austria.

Por fuerza militar, anexiona Austria a su reino de terror. Mussolini y Hitler están inundando, con nuevos suministros de aviones de bombardeo y mortífera artillería, a España, para luchar contra los ejércitos de la democracia.

Se declara abiertamente que la conquista de Austria es el primer paso hacia la conquista de Checoslovaquia y la dominación de «todos los alemanes»; es decir —según las palabras de Hitler—: «Las lágrimas de la guerra prepararán la cosecha del mundo futuro».

Desde sus bases, más allá del Pirineo, y en la Europa central, el fascismo proyecta volver sus bombardeos contra la Francia del Frente Popular. En la prensa nazi se piden ya Alsacia y Lorena.

Impulsa a Hitler su cacareada «cosecha» de la guerra mundial. ¿No significa esto nada para el pueblo británico?

Los trabajadores austriacos nos hacen llamamientos. La resolución de los delegados de fábricas declara su «decisión apasionada de defender la libertad y la independencia» de su país. Los heroicos trabajadores que hace cuatro años fueron los primeros en libertar la bandera de la lucha contra el fascismo, nos llaman.

¿No significa nada todo esto para el Laborismo británico?

«No podemos hacer nada», dicen los portavoces del Laborismo, que hacen eco al Gobierno.

Es falso. Hitler no se hubiera atrevido jamás a instalarse en Austria; Mussolini no se hubiera atrevido nunca a intentar su nueva ofensiva en España, sin la cooperación del Gobierno británico.

En este momento, el Gobierno inglés prepara nuevos empréstitos y créditos a Italia y a Alemania, sin los cuales no podrían continuar la agresión.

El futuro de la paz o de la guerra europea depende de la actitud del Laborismo británico. Que el Laborismo inglés se una al resto del movimiento trabajador internacional para dirigir a los Gobiernos democráticos las siguientes peticiones:

«Cese de toda relación económica y financiera con Alemania e Italia, hasta que cesen en su agresión contra Austria y contra España.

«Reunión urgente de la Sociedad de Naciones para concertar estas medidas.

«Restablecimiento inmediato del derecho de la España republicana a comprar armas.»

Este es el camino para detener a Hitler; es el camino para derrotar a la guerra.

«España —dijo Pollitt en su memorable discurso del jueves— es el mundo en la encrucijada.»

Ayudando al pueblo español, ayudando al pueblo austriaco, derrotaremos aún al fascismo y salvaremos al mundo de las «lágrimas de la guerra» de Hitler.

(«Daily Worker», 19-II-1938.)

de Pons Drusi... Los italianos no habrán olvidado tampoco la arrogancia alemana en el «Süd Tyrol», al día siguiente del plebiscito del Sarre: la noche que siguió a la victoria germánica en el Sarre, se encendieron hogueras, en señal de alegría, en todas las montañas tirolesas, y, en algunos monumentos públicos de Bolzano, manos alemanas escribieron inscripciones irredentistas:

Die Saar ist frei.  
Jetzt Kommen wir an die Reich!  
(El Sarre es libre, ahora nos llega el turno a nosotros.)

El periódico italiano de Bolzano dijo entonces: «¿Dónde va el caballo salvaje de las pretensiones alemanas?»

Hoy, Mussolini deja que este «caballo salvaje» caracolee a su gusto...

André PIERRE

(«L'Oeuvre», 18-II-1938)

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta



# Lo que han hecho en Galicia

## El terror en la provincia de Pontevedra

XXI  
(Continuación)

túneles para prorrumpir en vivas a la República y a Azaña. Una vez, en un túnel, tiraron por la ventanilla a un sargento fascista, que se metió en uno de los vagones precintados para descubrir a los que daban los gritos subversivos. En la estación siguiente, fueron fusilados unos 30 soldados antes de que el convoy reanudara su marcha.

En la estación de Betanzos, un teniente de la Guardia civil, sin decir palabra, sacó la pistola y mató a un soldado porque le había visto alzar el puño. El cadáver del pobre recluta estuvo allí, en el andén, a la vista de todos, mientras los fascistas arengaban a los soldados. El gobernador, comandante Vallés, felicitó por su acción meritorio y patriótica al teniente asesino.

Para poner coto a las desertiones, las autoridades fascistas han recurrido a un sistema, que es una vergüenza y un baldón para la humanidad civilizada. De la sumisión del soldado responde su familia. Esta monstruosidad se practica en Galicia; pero no con los tapujos con que se hacen los asesinatos, sino a cara descubierta, como sistema normal de gobierno sancionado por las autoridades y dado a los cuatro vientos de la publicidad. Conozco infinidad de casos en los que han sido encarcelados el padre, la madre o los hermanos del soldado desertor. Cito sólo algunos de los que han aparecido en los periódicos fascistas.

El Faro de Vigo decía textualmente que, por haber desertado el soldado Francisco Rico Blanco, habían sido encarcelados los ancianos Domingo Rico Pérez, y Carmen Blanco Núñez, su esposa. El mismo periódico registraba, días después, que la Guardia civil de Moaña había detenido en la parroquia de San Adrián a Concepción Martínez Novás y a Manuel Casal Martínez, padres del desertor Jesús Casal Martínez, y a Carmen Puga Fernández y

a Gumersindo García Puga, padres de Faustino García Puga, también desertor. En Camposancos, por haber desertado el soldado Carlos Noya Lomba, fueron encarcelados su padre, Celso Noya Gil, y su hermano, Rosendo Noya Lomba. Y así, cientos y cientos de casos análogos, que se hacían públicos con la aquiescencia de las autoridades fascistas, a las que no preocupa por lo visto gran cosa que el mundo civilizado sepa que el régimen salvador de España se asienta en la monstruosidad de hacer a unos infelices ancianos responsables de las acciones delictivas de sus hijos. Este es el régimen que aspira a ser reconocido y respetado por las potencias europeas.

Hay familias enteras que han sucumbido, víctimas de la ferocidad de los fascistas. A un muchacho, llamado Querol, que intentó desertar cuando se hallaba en el frente de Asturias, le fusilaron; a un hermano suyo, que vivía en la calle de Soler, en Vigo, le asesinaron de madrugada, los falangistas, sacándole de la cárcel, y a una hermana, que es la única superviviente de la familia, la hicieron también víctima de la humillación de cortarle el cabello.

Un hermano de aquel muchacho, llamado Domínguez, que resultó herido en la Puerta del Sol y luego fué asesinado, para escapar a la persecución de que era víctima toda la familia, tuvo que alistarse en el Tercio, y, desde el día en que salió de Galicia, no ha vuelto a saberse nada de él.

Esta coacción para alistar en el Tercio a todos los perseguidos, se acentuó hacia los meses de marzo y abril, en cuya época ya se planteó descaradamente a todos los presos que no estaban encartados en algún proceso el dilema siguiente: o se alistaban en el Tercio, como voluntarios, o eran entregados a las escuadrillas de Falange Española, para que les asesinasen. Incluso a hombres de más de cuarenta años se les ha puesto en esta alternativa.

A pesar de este régimen de terror, la población de Galicia ha resistido siempre a los tiranos. En los primeros momentos hubo aquellas desesperadas e insensatas defensas, como la de Lavadores y las que se hicieron en otras muchas aldeas. En Ceideira, por ejemplo, fueron las mujeres las que, mientras en el campo los hombres ponían en jaque a las tropas, cavaron trincheras con sus picarañas y azadones, e incluso atacaron con hoces a los soldados. En Cerdados también se resistió a la desesperada, lo mismo que en Murgados, donde fueron fusilados, por haber tomado parte en la lucha, varios sobrinos del famoso luchador Andrés Balsa.

Pero, pronto, fué imposible sostener esta resistencia abierta. No quedaba más recurso que el de la resistencia pasiva, que el pueblo gallego viene practicando desde hace años y medio con un espíritu de sacrificio y un heroísmo incomparables. Aun hoy, a los dieciocho meses de dominación falangista, después de millares de asesinatos y centenares de fusilamientos, la hostilidad continúa. Hace pocos días, el 12 de octubre se publicaba en El Faro de Vigo la lista de los últimamente fusilados, que eran: en Vigo, Angel Buceta y Lorenzo y Francisco Bahamonde García; en Lugo, Manuel López Rodríguez, Ramiro Rodríguez Gutiérrez, Valentín López García, José López Yáñez, Benigno López López, Orenco López, Pedro Rodríguez Rodríguez, Manuel Pérez González y Alfredo Días Montecérin; en El Ferrol, Ramón Romero Castro, y en Orense, Severino Novoa Gutiérrez, José Fernández Pérez, Enrique Marín Asio, Gerardo Rodríguez Fernández y José González Tessur.

Esto, hoy a los dieciocho meses de ser dueños absolutos de toda Galicia, cuando tienen la avilantez de decir al mundo que son el Gobierno normal y legítimo de España y que se hallan sostenidos por la voluntad popular.

habían ejercido presión sobre el general Salcedo para que declarase el estado de guerra, cuando vieron que desistía de hacerlo, en vista de que el Gobernador le había dado toda clase de seguridades de que el orden no se alteraría, decidieron seguir adelante en su empeño subversivo, dando de lado al general de la División, que no les servía para el caso.

Estuve en el Gobierno civil cuando, después de la renuncia del general Salcedo a declarar el estado de guerra, se presentó allí el jefe de la Guardia civil. El Gobernador temía fundamentalmente una añagaza de los sublevados, y antes de recibir al jefe de la Guardia civil, dispuso que en su antedespacho se colocasen varios leales armados, dispuestos a acudir en su auxilio, e incluso a desarmar y prender al jefe de la Guardia civil si era necesario. Pero, fuese por estas precauciones o por otras causas, lo cierto es que el jefe de la Guardia civil declaró de manera terminante al Gobernador, que las fuerzas a sus órdenes seguían leales a la República y no se sumarían en ningún caso a la rebelión militar.

Contando con esta promesa y la del general Salcedo, que se comprometió a no declarar el estado de guerra, como querían los oficiales partidarios del movimiento, el gobernador, señor Pérez Carballo, dijo la tarde del domingo a poco que la sublevación abortase dentro de los cuarteles, sin llegar a la lucha en las calles. Las fuerzas militares que en aquellos momentos había en La Coruña no llegaban a un millar de hombres, entre el Regimiento de Infantería número 8, el Regimiento de Artillería y las secciones de Tendencia y Sanidad. El general brigada Caridad Pita, gobernador militar de la plaza, informó al señor Pérez Carballo de que permanecía en todo momento leal a la República, y le aseguró, además, que podía contar con la lealtad del Regimiento de Infantería. Según se dijo, el general Caridad Pita había reunido los oficiales de este Regimiento, había recabado de ellos su palabra de honor de que no se sublevarían. Esta circunstancia explica sobradamente que los sublevados dieran muerte posteriormente al general Caridad Pita, que, vivo, podría espiarles siempre a la cara su vergonzosa traición.

## El discurso del Sr. Portela Valladares

París, 17 de febrero. — Por iniciativa del Sr. Emile Buré, director de L'Ordre, el Sr. Portela Valladares, ex presidente del Consejo de Ministros español, ha pronunciado esta tarde, ante un auditorio compuesto de unos cincuenta periodistas de distintos países, una conferencia que ha versado sobre la «Verdad histórica de España».

El Sr. Portela Valladares, que era presidente del Gobierno cuando las elecciones del 16 de febrero de 1936, confirmó una vez más la validez de los sufragios emitidos y, por consiguiente, del triunfo legítimo del Frente Popular español. La mejor prueba de ello es que el jefe de derechas, Gil Robles, se le presentó el día siguiente, a las cuatro de la mañana, para proponerle una dictadura personal, a la que se unirían todos los elementos derrotados en las elecciones. A las siete de la tarde, era el general Franco quien apoyaba el mismo ofrecimiento. En los días 18 y 19 de febrero continuó la presión, y fué entonces cuando el Sr. Portela Valladares dimitió y entregó el poder a don Manuel Azaña, como fundador del Frente Popular victorioso.

La legalidad del nuevo Parlamento fué reconocida, e incluso aceptada, por los partidos de derecha, que asistieron a las sesiones hasta los días que precedieron a la rebelión. No es correcto hablar del «peligro comunista», pues la Asamblea legislativa sólo reunía 16 diputados de esta tendencia, entre 450 miembros.

El Sr. Portela Valladares manifestó que, desde 1812, ha habido en España catorce Constituciones y cuatro guerras civiles. Los verdaderos motivos de la rebelión no son sino la conservación de los privilegios de que gozaban la aristocracia, el clero y los oficiales del ejército. Pero, bien pronto, la guerra civil se convierte en guerra de invasión, preparada y ejecutada por Italia y Alemania. Todos saben que el territorio español está invadido por verdaderos ejércitos, organizados, italianos, de lo que Mussolini se jacta. España lucha, pues, por su libertad y por su independencia.

El Sr. Portela Valladares, demócrata liberal, está desde entonces unido al Frente Popular y está junto al Gobierno legítimo de España, para que el país no sea borrado de la lista de las naciones. Pone en guardia a Francia y a Inglaterra contra el peligro que estas naciones corren por el hecho de que Alemania e Italia apoyen su empresa en los puntos estratégicos marroquíes del Mediterráneo, en Sierra Carbonera y en las Baleares. «El verdadero peligro — afirma — no está en Austria, sino en España, pues España es un país occidental que domina las comunicaciones entre África del Norte y Europa, las comunicaciones con el cercano y lejano Oriente.» Invita a los periodistas ingleses y franceses a reflexionar sobre la suerte de sus propios países.

En cuanto a la situación interior de la España republicana, su reciente estancia de dos meses en Barcelona le ha permitido apreciar la labor gigantesca del Gobierno Negrín, el cual, durante esta guerra terrible, ha sabido crear un ejército disciplinado y una industria de guerra potente. Además, todos los organismos de un poder civil bien constituido funcionan normalmente, hasta tal punto, que puede asegurarse una estabilidad política que la gran mayoría de los otros países europeos están lejos de tener. ¡El estado de guerra no ha sido siquiera proclamado!

Por el contrario, cabe preguntarse a dónde va la España rebelde. Nadie lo sabe. Los rebeldes no han constituido un Estado organizado. En su territorio no hay más que contubernio; en su retaguardia no se ven más que matanzas. Es la España de Felipe II, agravada por el fascismo.

A la pregunta de un periodista, referente a la decisión de la Compañía de Jesús marchar de la España rebelde, el Sr. Portela Valladares contestó:

«Los jesuitas, como personas inteligentes, huyen cuando el barco va a naufragar.»

El orador fué largamente aplaudido.

(Agencia Española)

## El terror en la provincia de La Coruña

### ASI SE RINDIO LA CORUÑA

A la primera noticia que se tuvo en La Coruña de un intento de sublevación militar en Africa, sonaron las sirenas de todos los barcos surtos en el puerto, difundiendo la alarma, y la población, soliviantada, se apresó a defender la República contra cualquier asechanza. Esto era el viernes 17 de julio.

Cuando salí a la calle, advertí gran efervescencia y nutridos grupos de obreros que se estacionaban en los alrededores del Gobierno civil. Vi fijar en las paredes unos pasquines, en los que se convocaba a la clase trabajadora a un mitin que debía celebrarse al mediodía, con la autorización del Gobernador. «Unión de todos contra el fascismo», decían aquellos pasquines. Fuí a mi oficina, en la que no se hablaba, naturalmente, de otra cosa que del intento de rebelión militar. La probabilidad de que éste fuera secundado en La Coruña parecía remota. El mitin se celebró con gran entusiasmo. Se acordó, en vista de la gravedad de las circunstancias, dejar en suspenso las demandas planteadas a la clase patronal y ofrecerse incondicionalmente al Gobierno para hacer frente al movimiento insurreccional. A la salida del mitin, los obreros volvieron al trabajo normalmente en todas las fábricas y talleres.

La intranquilidad del pueblo cre-

cía, sin embargo, por instantes. Los núcleos que se estacionaban en los alrededores del Gobierno civil eran cada vez más numerosos, y al caer la tarde había allí una muchedumbre inquieta que gritaba: «¡Armas! ¡Armas!». Los representantes de los partidos que formaban el Frente Popular y los directivos de las organizaciones sindicales, tuvieron que salir a un balcón del Gobierno civil para decir a la multitud que debía disolverse tranquilamente, que cada cual debía hallarse con toda serenidad y disciplina en su puesto y que en el momento preciso se darían al pueblo las armas necesarias para la defensa de la República contra los traidores.

La consigna fué, a partir de aquel momento, que todos los trabajadores permaneciesen en sus talleres durante las horas de jornada, y por la noche se concentrasen en los locales sindicales o en los centros políticos, dispuestos a acudir a la primera señal de peligro. Las órdenes se cumplieron puntualmente. No hubo un solo desmán. Los obreros que vivían en las afueras de La Coruña no abandonaron el centro de la ciudad; los Sindicatos eran verdaderos hormigueros de hombres disciplinados y dispuestos a todo. En esta espera vigilante transcurrieron el viernes y el sábado. ¿Qué sucedía? La espera indefinida enervaba a los obreros y aflojaba la tensión de sus espíritus. El domingo, a las

siete de la mañana, las sirenas volvieron a dar la señal de alarma. Todos se echaron a la calle, dispuestos a terminar de una vez con aquella angustiosa espera; pero se les mandó de nuevo a sus puestos. Había sido una falsa alarma. Los rebeldes, siempre al acecho, debieron aprovecharla para comprobar que la masa popular carecía de armamento.

¿Qué ocurría? Fué al Gobierno civil poco después y pude enterarme de que las sirenas habían alarmado al pueblo porque el general de la División, Salcedo, había llamado por teléfono al gobernador civil, don Joaquín Pérez Carballo, para comunicarle que iba a proceder a la declaración del estado de guerra. El gobernador civil se opuso de manera terminante al propósito manifestado por el general Salcedo, y le amenazó diciéndole que si los militares, en contra de las resoluciones del Gobierno, proclamaban el estado de guerra y se colocaban, por tanto, en franca rebeldía, daría armas al pueblo para que éste hiciese frente a los sublevados. La firme actitud del Gobernador, convenció al general Salcedo, quien desistió de proclamar el estado de guerra, a condición de que el Gobernador no armase a las masas. Así fué prometido, y así se cumplió. Esta fué la razón de que, después de haber sonado las sirenas, se hiciese a los obreros volver a sus puestos.

Pero los militares rebeldes, que